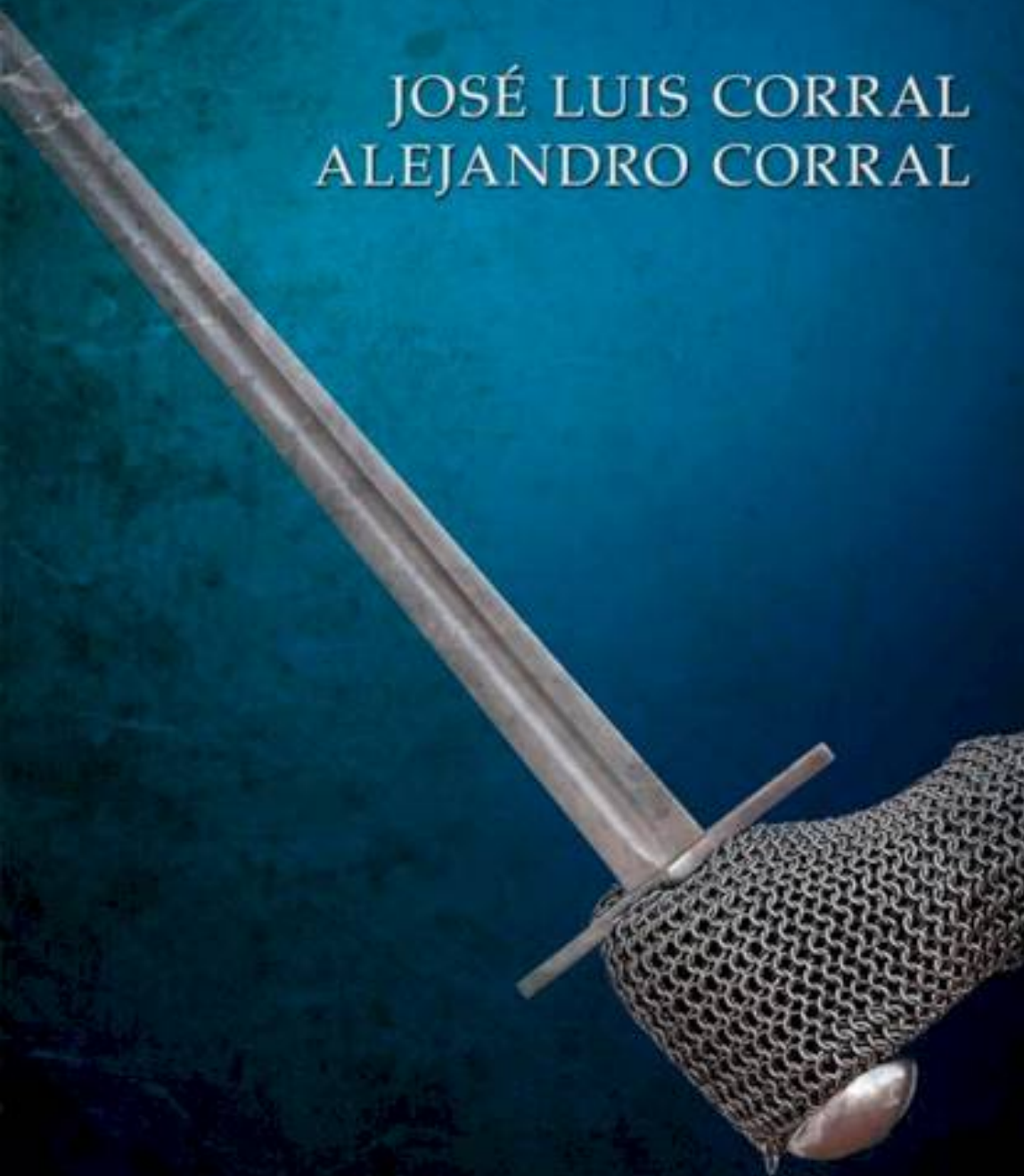


BATALLADOR

JOSÉ LUIS CORRAL
ALEJANDRO CORRAL



Alfonso I el Batallador (h. 1073-1134) nació con escasas posibilidades de reinar, pero fue rey de Aragón, de Pamplona y de Castilla. Conoció a El Cid, se casó con la reina Urraca de León y se proclamó Emperador de toda Hispania. Por primera vez esos reinos se unieron dinásticamente, casi cuatro siglos antes de los Reyes Católicos.

Guerrero infatigable y legislador avanzado, vivió marcado por su homosexualidad y su misoginia, protagonizó hazañas y conquistas extraordinarias, participó en intrigas políticas, sufrió convulsiones personales y tomó decisiones asombrosas. Alfonso I protagonizó una época prodigiosa en la que se desarrollan las cruzadas, las ciudades, la cultura humanista, el arte románico, la nueva idea de libertad, la literatura caballeresca y las cortes de amor.

La novela imprescindible para entender el espíritu de la Edad Media.

Índice de contenido

Capítulo I. Un reino en las montañas

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Capítulo II. Nuevos horizontes.

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

Capítulo III. Una reina para un rey.

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

Capítulo IV. Grandes conquistas.

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

Capítulo V. Un viaje prodigioso.

1

2

3

4

5

Capítulo VI. Camino a un reino imaginario.

1

2

3

4

Anexos

Nota de los autores

Cronología

Personajes

Sobre los autores

A principios del siglo XII se convirtió
en Rey de Aragón, de Pamplona y de
Castilla un hombre que no había nacido
para serlo.

Se proclamó Emperador de toda His-
pania.

Se llamaba Alfonso y ha pasado a la
historia con el sobrenombre de
El Batallador.

CAPÍTULO I

UN REINO EN LAS MONTAÑAS

1

Monte Pano, Prepirineo, cerca del monasterio de San Juan de la Peña, enero de 1084

—Dime, Bernardo, ¿qué te sucede? ¿Te da miedo el bosque? —me preguntó don Alfonso, insinuando apenas una sonrisa.

—No es el bosque lo que me atemoriza, mi señor, sino los peligros que en lo más profundo se esconden —objeté respetuoso—. Dice mi padre que en las selvas habitan fantasmas; en una ocasión me contó que los espectros de guerreros caídos aguardan pacientes en la noche entre las sombras de la espesura, prestos a poseer el alma de los caminantes distraídos.

El joven infante don Alfonso, de quien se contaban diez inviernos desde su nacimiento, percibió la tensión en torno a mi boca y el temor apenas contenido en mis ojos.

—Eso solo son fábulas, Bernardo. Puedes estar tranquilo —me alentó—. Siempre y cuando permanezcas a mi lado, nada habrás de temer; pues yo soy uno de los hijos del rey, condición que hasta los espíritus de los muertos han de respetar.

Luego, el vástago del rey Sancho Ramírez volvió la cabeza y observó por un instante el monasterio de San Juan de la Peña, donde ambos habíamos sido enviados a estudiar las artes de la palabra y de la guerra, que a cada paso

que dábamos se alejaba a nuestras espaldas y su contorno se desvanecía en la penumbra del atardecer invernal.

Llevábamos ya varios meses allí; sin embargo, yo, Bernardo de Jaca, de doce años, recordaba con toda nitidez el primer día que don Alfonso arribó al monasterio. Poco tiempo tardamos en entablar amistad, y a luz de las velas yo escuchaba bien atento todas las viejas historias que a él le habían contado sus primeros maestros en los monasterios de San Pedro de Siresa y de San Salvador del Pueyo.

—No debemos alejarnos más —alerté—. Si empieza a nevar, podemos extraviarnos y, una vez perdidos, la nieve no resultará lo más peligroso que encontremos aquí afuera. ¿Acaso no oísteis anoche el aullido de los lobos?

El joven don Alfonso simuló no escucharme y miró al cielo, que estaba completamente despejado; no nevaría, al menos en unas horas. Contemplaba la creciente oscuridad del crepúsculo con aquella mirada suya entre distante y confiada.

Aquella fría tarde del mes de enero mi señor don Alfonso me había persuadido para salir del monasterio, a hurtadillas, sin que los monjes se enterasen, sin contar con el permiso del abad, con el propósito de ir en busca de las aventuras y la libertad que no podíamos tener confinados día y noche entre aquellos muros de piedra.

—Don Alfonso, la semana pasada escuché a dos monjes conversar...

—¿Y de qué hablaban, Bernardo?

—De intensas heladas y pavorosas tormentas de nieve, mi señor. Comentaban que hace varios inviernos murieron seis hombres, todos ellos congelados en medio de la noche. Venían desde Jaca e iban bien abrigados con ropas de piel y lana, pero ni aun así pudieron llegar al refugio del monasterio. Fueron sorprendidos por una tempestad y los encontraron a la mañana siguiente, muy cerca de aquí, congelados. Incluso sabían cómo encender una hoguera, pero el frío acabó con ellos. Nosotros solo somos dos niños...

—Descuida —don Alfonso ignoró mis ruegos y advertencias—, no correremos la misma suerte que esos hombres. Sígueme, Bernardo —me ordenó, y nos abrimos paso a través de un bosquecillo.

La silueta de la inmensa roca bajo la que se protegía el monasterio ya no se distinguía. Ni siquiera pude adivinar en qué dirección se encontraba.

Con el aliento entrecortado seguí con pasos temerosos a mi futuro rey. Enseguida se hizo de noche y todas las criaturas nocturnas despertaron al morir el día, cuando tras el ocaso las estrellas centellearon sobre nuestras cabezas como lejanas pavesas en el oscuro cielo.

Unos pasos por delante de mí, don Alfonso serpenteó en silencio por una empinada ladera y ascendió hasta un pequeño risco que ocupaba una posición ventajosa.

—Fíjate bien, Bernardo —señaló indicando el perfil rotundo de las altas montañas, recortadas allá hacia el norte, como gigantes dormidos bajo un extenso manto estrellado. Nunca habíamos ido tan lejos.

—Deberíamos volver ya, mi señor.

—¿Ya? ¡Si todavía no hemos corrido ninguna aventura! Adelante, y recuerda: no me pierdas de vista.

Bajo la fina capa de nieve que había caído el día anterior, el terreno se descubría húmedo y fangoso, resbaladizo, plagado de piedras y de raíces ocultas con las que en cualquier momento podíamos tropezar y caer al suelo. Mis pasos se adivinaban torpes y lentos; sin embargo, don Alfonso no hacía el menor ruido al avanzar. A mi espalda oía el rumor del viento y el ronco gorjeo de las aves nocturnas; ramas secas crujían con estrépito cada vez que mis botas las partían al pisarlas, y yo no podía sino maldecir entre dientes cada una de las numerosas ocasiones en que me enredaba con las raíces y me trastabillaba. Don Alfonso, sin objetar reproche alguno, me esperaba paciente tras cada tropiezo.

Avanzando en la oscuridad sobre la nieve helada y entre los árboles del bosque, mis temores más profundos pronto se tornaron muy reales. El silbido del viento trajo consigo un aullido terrorífico. Lobos. Tuve tanto miedo que me resultaba ardua tarea distinguir un sonido de otro; pese a todo, don Alfonso parecía no temer ni al frío ni a la oscuridad ni a las alimañas; quizá porque era un niño muy valiente, o tal vez porque era un muchachito que todavía no había perdido la inocencia y no había adquirido la malicia.

De pronto, en medio de la soledad del bosque, sin decirnos nada el uno al otro, empezamos a caminar cada vez más deprisa, pues nos habíamos percatado de que los lobos se acercaban a nosotros, más y más, pues cada aullido sonaba más próximo que el anterior.

Muerto de miedo, en la más profunda oscuridad del bosque, balbucí:

—Don Alfonso... los lobos.

—Tranquilo, Bernardo, soy consciente de la situación. No te separes de mí. —Y me ofreció su mano, que acogí con la ternura y el calor de un sentimiento oculto aún por revelar.

Instantes más tarde nos encontramos en un espacio donde la espesura del ramaje cegaba incluso el brillo de las estrellas. Don Alfonso, sin soltar mi mano, se detuvo un momento y ambos miramos hacia atrás. Varios pares de ojos como de fuego llameaban entre los árboles a un centenar de pasos de distancia. El hijo del rey se armó con varias piedras del tamaño de puños y empezamos a correr, con el aliento de las bestias persiguiendo nuestra carrera.

Al poco accedimos a un claro en el bosque y en el cielo aparecieron todas las estrellas y una media luna creciente sobre el horizonte, cuya luz agradecí como un regalo divino. Don Alfonso me guio hacia el único árbol que se alzaba en el centro de aquel claro, y al llegar ante su tronco, en silencio, contuvimos el resuello. En un instante más breve que el tiempo de un suspiro, aquellas fieras cuyos aullidos

me habían helado la sangre ya nos rodeaban. Conté uno, dos, tres..., hasta media docena de lobos. Estaban hambrientos y el ansia de comida los había empujado a las inmediaciones del monasterio. Sus dientes destacaban bajo sus ojos, en sus bocas abiertas, a la luz de la media luna. Aquellas alimañas parecieron organizarse para el ataque, cada una aproximándose a nosotros por distintos flancos del claro.

A diferencia de mis dientes, que castañeaban de frío y de miedo, los lobos ya no emitían ningún sonido. Don Alfonso me indicó que trepáramos al árbol, y él lo hizo deprisa, con la agilidad de una ardilla, poniendo a salvo su vida. Pero yo estaba muy nervioso y casi paralizado por el pánico, de modo que al intentar trepar resbalé en la nieve helada y perdí el equilibrio. Las palabras de ánimo de don Alfonso llegaban a mis oídos dispersas en la noche y apenas podía prestarle atención, angustiado como estaba ante los lobos que se acercaban con las fauces abiertas y las espaldas curvadas. Tirado en el suelo, giré la cabeza y divisé un movimiento con el rabillo del ojo; una diabólica figura gris se aproximaba amenazadora por mi derecha. Puede distinguir unos colmillos tan largos y afilados como estiletos. Encaramado a una gruesa rama, don Alfonso arrojó con todas sus fuerzas una de las piedras que había recogido, acertando de pleno en lo alto del lomo de aquel lobo gris que ya se aprestaba a atravesar mi carne con sus colmillos. El demonio animal emitió un quejido de dolor y se retiró unos pasos.

—Vamos, sube, sube, deprisa —me ordenó alargándome su brazo.

La reacción de don Alfonso me proporcionó el tiempo suficiente para aferrar su mano y trepar con su ayuda al árbol. Una vez estuve a salvo, el hijo del rey, tan calmado que casi asustaba su serenidad, volvió a coger mi mano y me susurró al oído algo que no alcancé a entender. Todos mis sentidos se centraban en los seis lobos que merodeaban en

torno a aquel árbol, mirándonos con aquellos ojos relucientes de furia, acechantes y mostrando sus colmillos fríos y agudos como carámbanos.

Tomé aliento para lanzar un grito de alivio, pero las palabras se congelaron en mi garganta; temblaba como un cervatillo.

—Tranquilo, Bernardo, tranquilo, los monjes aparecerán pronto en nuestra ayuda —me aseguró don Alfonso—. No sientas miedo. Hasta que ellos vengan, yo te protegeré —hablaba con cautela. Su mano apretó la mía como queriendo protegerme y decirme «A mi lado estás seguro. Nadie va a hacerte daño. Estás conmigo». Aquel gesto me confortó.

Hacía un frío terrible. Tiritando pero algo más confiado, me aferré con todas mis fuerzas a la rama y apreté la cara contra el tronco. Noté la corteza áspera y rugosa en la mejilla. Bajo el árbol, el pelaje de las bestias parecía cambiar de color conforme se movían; en un momento dado semejaban blancos como la nieve pura, ora negros como oscuras sombras, ora grises como las nubes tormentosas. A cada paso que daban alrededor del árbol, la luz de la media luna proyectaba sus cuerpos sobre la nieve en un juego de luces y sombras que semejaba una danza macabra, cual baile ritual protagonizado por los mismísimos espectros de la muerte.

—No pierdas el equilibrio, Bernardo. No te caigas —me bisbisó don Alfonso al oído.

Una de aquellas sombras demoníacas, tal vez el jefe de la manada, alzó sus patas delanteras, se apoyó en el tronco del árbol y arañó la corteza, intentando encaramarse.

Pero don Alfonso le lanzó otra piedra que resonó como un chasquido; el lobo emitió un quejido lastimoso y se retiró con el rabo entre las piernas. Le había golpeado de lleno en el cráneo.

—¡No os acerquéis a Bernardo, malditas bestias! —gritó el hijo del rey Sancho. Tenía la voz chillona propia de un ni-

ño, pero la determinación de un héroe de cuento.

Los lobos, escarmentados por las dos pedradas recibidas, caminaban en círculos con pasos silenciosos, algo más alejados del árbol, esperando una oportunidad. Era solo cuestión de tiempo que yo perdiera las fuerzas y me precipitara al vacío. Los lobos lo sabían y su instinto de cazadores les indicaba que tan solo tenían que aguardar a que llegase ese momento. No pasaría mucho tiempo antes de que los párpados empezaran a pesarme como si fueran de plomo, se congelaran mis manos y me desplomara como una hoja seca. Don Alfonso trataba de mantenerme despierto y atento y me susurraba dulces palabras al oído. Ni por un instante soltaba mi mano. El viento había cesado. Hacía frío, mucho frío, y al girar la cabeza alertado por unos ruidos lejanos percibí cómo otra manada de bestias se acercaba por el claro del bosque.

Pero no, no eran otros lobos. Se trataba de un nutrido grupo de monjes, novicios y criados del monasterio que, al notar nuestra ausencia, habían seguido nuestras huellas en la nieve. Algunos portaban antorchas que, aterido de frío y despavorido, yo había confundido en la lejanía con ojos de lobos; otros blandían largas espadas, lanzas y hachas. Aquellas armas emitían un tenue resplandor azulado, como si una luz fantasmagórica centelleara en sus filos. Los lobos, aún ávidos de carne, percibieron el peligro y, a su pesar, se alejaron del claro a la carrera, dejando tras de sí un rastro de polvo de nieve y un lamento agudo en las tinieblas antes de perderse entre la espesura del bosque.

Los monjes y los aprendices, encabezados por el aitán Lope Garcez, nos guiaron de vuelta al monasterio, sin mediar palabra, vigilantes de que aquellos lobos hambrientos no arremetieran de nuevo contra nosotros.

Si algo aprendí de don Alfonso aquella noche fue que el tercer hijo del rey de Aragón y de Pamplona estaba dispuesto a correr todo tipo de aventuras y empresas ya desde niño, que no conocía el miedo y que sería capaz de en-

frentarse cara a cara con cualquier enemigo por muy poderoso que este fuera.

Durante aquel silencioso camino de vuelta, don Alfonso tomó nuevamente mi mano y la envolvió entre las suyas sin que nadie más lo viera. En sus tiernos ojos de niño resplandecía la gloria de la sangre de una dinastía de reyes guerreros en aquel pequeño reino entre las montañas. Entrelacé mis dedos a aquella mano acogedora y posé la mirada en sus serenos ojos. En aquel instante solo éramos dos niños de diez y doce años, pero no pasaría mucho tiempo antes de que, durante décadas, yo, Bernardo de Jaca, siguiera con mi alma, mi lanza y mi espada a don Alfonso hasta donde él quisiera llegar. Desde entonces largas noches soñaría, anhelando siempre en silencio, ser algo más que su amigo, deseando ser correspondido.

No a mucho tardar aquel niño valiente que había salvado mi vida se convertiría en un hombre. Mi hombre. Mi señor. Mi batallador. Mi rey.

2

No había nacido para serlo, pero su pecho albergaba el corazón de un rey. Mi señor don Alfonso era el segundo hijo varón del segundo matrimonio del rey Sancho Ramírez de Aragón, quien había casado primero con doña Isabel, hija del conde de Urgel, de la que nació el príncipe Pedro. Esta reina murió apenas cinco años después de su matrimonio, al dar a luz a su único hijo. El rey de Aragón marchó entonces a Roma en busca de la ratificación del papa, pues se rumoreaba que su padre el rey Ramiro, muerto a traición en Graus, no había sido hijo legítimo de don Sancho el Mayor de Pamplona y que, por tanto, su derecho al trono de Aragón quedaba en entredicho.

Don Sancho visitó al papa Urbano y le manifestó el deseo de convertirse en siervo de San Pedro, a la vez que le ofrecía quinientas monedas de oro si lo ratificaba como legítimo rey de Aragón, de modo que no quedara la menor duda de su derecho al trono. Sería su vasallo, le pagaría esa renta anual, asumiría como propios los colores rojo y amarillo del papado y le pondría el nombre de Pedro al hijo que había dejado en Jaca al cuidado de unas monjas, en honor al primero de los apóstoles. Y así ocurrió. Al regreso de Roma, con la bula que ratificaba a don Sancho como rey de Aragón, ya nadie podía discutir su legitimidad real.

Fue durante su visita al papa cuando el recién enviudado don Sancho acordó su segundo matrimonio, ahora con la francesa Felicia de Roucy, una hermosa dama que vino desde las opulentas y fértiles tierras de la región de Cham-